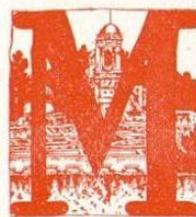




Capítulo II.

Prosiguese la construcción de la santa fábrica con actividad fervorosa y acacen otras maravillas divinas.—En 25 de enero de 1605 se dice la primera misa.—Origen probable del nombre "Desierto de los Leones" con que el vulgo designa hasta ahora el santo lugar.—El 4º Marqués del Valle de Oaxaca y Leonardo de Salazar disputan a los Carmelitas la posesión del sitio —El Virrey apoya a los religiosos colocando la primera piedra el 23 de enero de 1606. Descripción sucinta del monasterio.—Cómo era en el siglo XVI.—Pinturas, esculturas y reliquias que entonces guardaba la bóveda del "secreto".



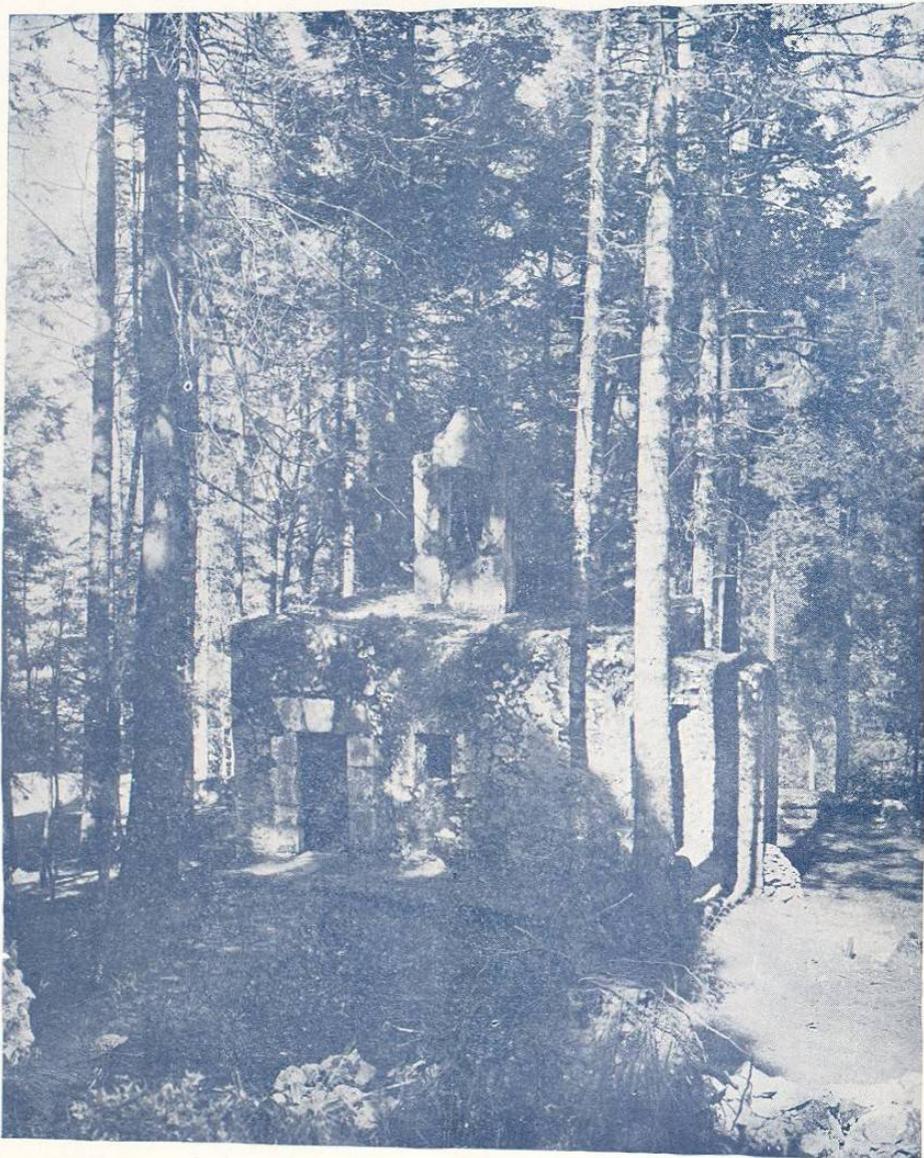
UY poco tiempo después se unieron a los cuatro padres que se ha dicho empezaron la obra del santo Yermo, otros cuatro hermanos, Fray Diego de Jesús, Fray Francisco de la Madre de Dios, Fray Juan del Espíritu Santo y un lego.

Al pie de una robusta encina que coronaba una pequeña eminencia, hizo la comunidad un toldillo de ramas cubierto con un petate, para guarecerse de las inclemencias del tiempo; a poca distancia de su pobre alojamiento, levantaron días más tarde otra enramada que habilitaron de capilla, y el 25 de enero de 1605, día de la conversión del apóstol San Pablo, dijeron la primera misa.

El número de trabajadores había aumentado a cuarenta indios, que, sumados a los ocho de la comunidad, consumieron en poco tiempo sus cortas provisiones, y un buen día se encontraron sin tener qué comer;

*L*A conservación de los bosques es uno de los primeros intereses de las sociedades y por consiguiente uno de los primeros deberes de los gobernantes.

DE MARTIGNAC.



ERMITA DE STA. TERESA DESCUBIERTA ULTIMAMENTE

el Vicario despachó un religioso a toda prisa a México, y aquí refieren las viejas erónicas un milagro como el del ángel que señaló el agua a los primeros sacerdotes que buscaban el sitio para fundar su yermo.

No bien había caminado el religioso un trecho de monte, cuando en mitad del sendero, sin saber cómo ni por quién hubiera sido puesto, encontró un cesto grande de pan, blanco, suave y apetitoso; días después, de manera misteriosa, llegaron hasta donde residían los religiosos, dos pacíficos jumentillos cargados de pan "floreado y lindo", como dice el ingenuo eronista, con un papel encima que decía: "Aquesto para el Desierto".

Tanto era el afán de construir la santa casa, que los mismos religiosos tomaban parte en las faenas diarias; al despuntar el alba se decía la misa a la que asistían todos sin excepción, y, en seguida, cada uno partía a derribar árboles que eran arrastrados por dos yuntas de bueyes que un piadoso vecino dió para ese objeto.

Las tempestades y las ventiscas los afligían, cada vez más continuas y terribles, el aire penetrando por las abiertas enramadas de las chozas apagaba las velas del altarcillo, y el celebrante tenía que poner la patena sobre la hostia consagrada para evitar la arrebatara una racha de viento; con la madera del desmonte se formó una palizada en lugar más abrigado y un techo de zacate prestó mayor seguridad al nuevo albergue. Unas vacas traídas al monte suministraron leche a los religiosos, aunque no en cantidad abundante, una escudilla por la mañana y otra por la noche, pero no todos los días, y de vez en vez un poco de robo. En tales condiciones, resistieron largo tiempo, en tanto hubo una parte del convento concluída para ir a habitarlo, pues ya era tiempo, porque dos peligros de distinta índole amenazaban a los carmelitas: uno, las fieras que infestaban el bosque y se atrevían a llegar hasta la puerta de las chozas lanzando aterradores aullidos, otro, Don Pedro Cortés y Ramírez de Arellano, 4o. Marqués del Valle de Oaxaca, por sí y a nombre de sus indios vasallos de Coyoacán, pedía se les revocara a los religiosos la donación de aquellos montes, que decía ser suyos, para lo cual presentaba las reales cédulas que el Emperador Carlos V. diera al conquistador Don Hernando, abuelo de Don Pedro, en pago a sus señalados servicios.

Aun no contestaban los carmelitas a los cargos hechos en su contra, cuando Leonardo de Salazar presentó otra petición por parte de los pueblos de Santa Fé y Tacubaya, exponiendo, que la fundación perjudicaba grandemente a los indios que vivían de hacer carbón y cortar leña y con la donación del monte a los carmelitas perdían el

CADA hectárea degradada en la montaña compromete muchas en la llanura.

[Krantz, discusión en el Senado Francés en la ley de 1882].



REPOBLACION NATURAL DE PINOS EN EL CALVERO "RANCHO GRANDE"

único medio de sustentarse; no estuvieron tan desamparados en su tribulación los indios; pues en la ciudad de México, el Ayuntamiento con su Cabildo pleno protestó en contra de la vejación de los desvalidos, a quienes acogió, amparó y por el momento parecía prestarles toda su ayuda, y, por ende, ir por el camino de la justicia y el deber.

A tanta contradicción hubieron de buscar los carmelitas un fuerte apoyo de valer e influencia, y lo encontraron firme y decidido en el excelentísimo señor Marqués de Montesclaros, Virrey, Gobernador y Capitán General de la Nueva España, ante él o por su influencia graves resistencias cedieron, los mismos comisionados del Ayuntamiento que fueron a ver el lugar para dictaminar, rindieron un informe favorable a los carmelitas, escribió el señor Virrey al Marqués del Valle: "...no les estorbéis en nada por estar en tierras y términos de vuestros estados, que por ello será Dios servido de hacer mucho bien a la ciudad, pues todo es en su servicio"; y además grave ultraje sería, decían los hijos de Santa Teresa, quitar el Santísimo Sacramento de un lugar donde en la gentilidad, imperó el príncipe de las tinieblas.

Doscientos cincuenta pesos de un bienhechor y veintinueve mil de otro, dieron nuevos bríos a los fundadores, que sólo pensaron en lograr cuanto antes su propósito, sin que faltara a lo que se dice, buenas propinas, para cambiar pareceres y ganar adeptos.

Pasadas ya las dificultades, puesta la primera piedra y en quieta y pacífica posesión del monte, se impulsó la obra con esmero, para lo cual, con anticipación, se tenía dispuesto gran acopio de materiales, piedra, ladrillo, arena, cal y madera.

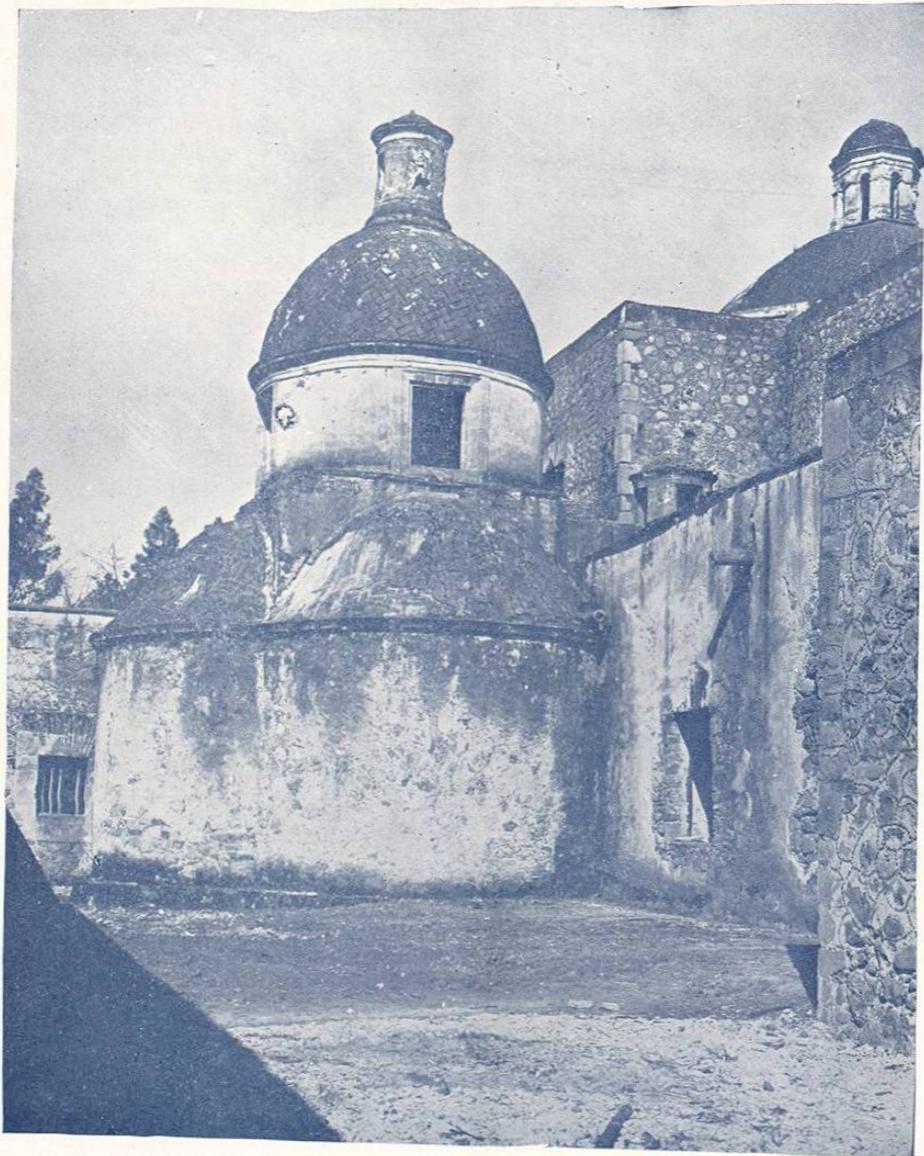
Fue el inteligentísimo Fray Andrés de San Miguel, uno de los cuatro primeros, a quien se encomendó, teniendo en cuenta sus amplios conocimientos arquitectónicos, la construcción de la casa. Diligente y perito en la materia, distribuyó sus operarios de tal manera que mientras unos cavaban y desplantaban los muros, otros cerraban las bóvedas o enjalbegaban las paredes; a pesar de tanta diligencia, materiales y fervientes deseos de todos para concluir, no estuvo acabada, sino hasta el año de 1611, y sin disputa en solidez, amplitud y comodidad, pocos conventos de la orden le excedieron.

Un hecho por demás curioso prueba la abundancia de material que hubo para edificar el convento, en un patiecillo existió hasta época reciente un enorme montón de cal ya petrificado y renegrado por el tiempo, como sobrante de las últimas carretadas que se aportaron para concluir la obra.

Las inclemencias del tiempo y el vandalismo de los hombres han

De la presencia de los bosques, depende la existencia de los cultivos y la vida de las poblaciones.

ALEXANDRE SURELL.



PATIO DEL PRIORATO

destruido de tal modo el monástico recinto, que ya casi no es posible apreciar cómo fue en los días de esplendor y de grandeza.

Quedan, sin embargo, completas descripciones que permiten conocer, cómo era el Santo Desierto, como le llamaban respetuosamente pasadas generaciones.

Una fuerte barda de tres leguas rodeaba el monasterio a manera de muralla, teniendo únicamente una puerta sobre el camino de Cuajimalpa, considerando el trecho limitado por la cerca como inviolable clausura, existía en una tablilla en lo alto de la puerta, terrible excomunión formulada por el Papa Clemente VIII., en contra de toda mujer que violase con sus plantas el agreste retiro.

A partir de esta única puerta arrancaba una calzada empedrada de tres varas de ancho, bardeada a uno y otro lado por pretilos de cal y canto; al final del serpenteante camino, una amplia y rumorosa fuente se interponía frente a la portería, cuya puerta siempre cerrada, era sólo franqueable, después de anunciarse haciendo sonar una pequeña campanilla colocada en una espadaña sobre el ancho pórtico, y presentando la licencia del prelado para ser recibidos en la santa casa.

A un lado de la puerta, pintado sobre la pared, se veía un cuadro simbólico y terrorífico: cedo en este punto la descripción a Fray Agustín de la Madre de Dios, cronista de los carmelitas de la Nueva España, quien dice: "Se ve luego en entrando un carmelita que espeluzca los cabellos y es una imagen de lo que aya dentro se efectúa y se practica. Está crucificado en un madero tiene un candado en la voca, un silicio en los ojos y en el pecho se ve el corazón partido, con un niño Jesús que en él descanza y tierno se adormeze. En la mano derecha tiene el fraile una cruda disciplina, y en la izquierda una bala; porque vele y mire que se acaba. Dos trompetas le tocan al oído, dos desengaños forcosos, uno la muerte que le está diciendo que se ha de acavar la vida y otro un ángel que está llamando a juicio con más espantosa voz. El candado en la voca significa aquel eterno silencio, con que allí se vive, la disciplina, la continua penitencia". Tal era en suma la primera pintura simbólica que se ofrecía a la vista al llegar al convento.

Pasada la portería aun había que caminar buen trecho bajo la sombra de copados árboles que formaban la glorieta frente al monasterio. Allí, en los primeros años de la vida eremítica, acudían a diario poniendo una nota de poético encanto, una manada de ciervos, para recibir de manos del padre refitolero mendrugillos de pan, legumbres y otros regalitos con que los buenos monjes sustentaban a tan hermosos huéspedes.

QUIEN mata un árbol mata un hombre.



GALERIA SUR DEL CLAUSTRO

Una amplia puerta convidaba a entrar en la santa casa, traspuesta se ofrecía a la vista un jardín muy bien cuidado, formaba su principal adorno una gran cruz con los monogramas de Jesús y María, hecho todo de fragante tomillo y otras plantas olorosas curiosamente recordadas. Una pintura al fresco decoraba el frontis de la ermita adosada a la puerta; representaba el monte Carmelo, las cuevas de los ermitaños y entre éstos San Elías con su gran barba blanca, su flamígera espada y un gran libro en las manos.

En el interior un pequeño altareito con una Santa María Egipciaca arrodillada a los pies de un Santo Cristo, figuras ambas de una realidad sorprendente, según el decir de Fray Joaquín de la Natividad, en su descripción del Santo Desierto, manuscrito precioso que me ha suministrado la mayor parte de estos datos. Al fondo del jardín se alzaba la fachada del monasterio, la puerta de acceso permanecía siempre cerrada y había que tirar de una cuerda para tocar la campanilla y poder penetrar al convento. En la pared, al fondo de esta última portería, se podía ver una figura de tamaño natural; un carmelita con un dedo en la boca para indicar que en aquella casa se imponía el silencio absoluto; dos altares completaban el adorno de aquella sala, grandes lienzos formaban los retablos, uno representaba a Jesús camino al Calvario y el otro la crucifixión. Comunicaba esta sala con el claustro de bóveda de cañón corrido adornado en las esquinas con cuadros de asuntos de la pasión y chimeneas para contrarrestar el frío de erudos inviernos. Del claustro se pasaba a la iglesia entonces adornada con retablos de madera tallada sin dorados, excepción hecha del Sagrario. A la izquierda del altar mayor existía un pequeño pero devoto relicario que contenía entre otras varias reliquias la cabeza de un santo, huesos de varios mártires y grueso cuaderno forrado en terciopelo carmesí y manecillas de plata conteniendo varias cartas autógrafas de Santa Teresa.

Próximo a ese lugar, en una hornacina se veía el sepulcro y la estatua orante del fundador de la casa, el Ensayador Mayor de la Real Hacienda Don Melchor de Cuéllar (1). La sacristía no era como la de otros conventos de la orden, rica y suntuosa, sino humilde y ascada, los ornamentos más vistosos que ricos y los vasos sagrados de plata dorada; aquí como en toda la casa se observaba una limpieza

(1) Los restos de Don Melchor de Cuéllar, fundador del convento del Desierto de los Leones, actualmente yacen en la capilla izquierda del altar mayor del convento construido en Tenancingo por los propios Carmelitas. En la parte superior de la puerta de dicha capilla se lee la siguiente inscripción: "Aquí se conservan los restos de Don Melchor de Cuéllar, insigne Bienhechor de los Carmelitas y Fundador de este Santo Desierto; murió en México el 21 de marzo de 1633".

LOS bosques preceden a los pueblos, los desiertos les siguen.

CHATEAUBRIAND.



BOVEDA DEL SECRETO (HUERTA DEL CONVENTO)

absoluta. La escalera que conducía al piso superior se adornaba con grandes cuadros, en el arranque una hermosa virgen del Carmelo, en el primer descanso otro, la flagelación del Señor y en su extremo alto frente a donde desembocaba, bajo un dosel de terciopelo encarnado, una preciosísima imagen del crucificado de tamaño natural; un claustro orientado de norte a sur, decorado con escenas de la pasión pintadas al fresco, daba acceso a las celdas, la sala de profundis, el coro y a la biblioteca, copiosa y rica a juzgar por lo que de ella queda y es el cuerpo principal de la hoy pública del Estado de México en la ciudad de Toluca; otros salones y dependencias, amplios unos como el refectorio y la cocina, pequeños los más pero albeantes a fuer de aseo, completaban el santo y primer desierto de la Nueva España.

Un segundo y más grande jardín, a espaldas del edificio, ofrecía el encanto de sus variadas y fragantes flores, original adorno de grutas y pequeñas ermitas con sus ermitaños pintados en el fondo de unos nichos a lo largo de los muros, recordaban a cada momento al espectador la misión única de los moradores de la casa; cerrando el fondo, perfilándose en el macizo obscuro de las vecinas frondas se destacaba el "secreto", construcción en forma de capilla con su bóveda elíptica indispensable para producir el curioso fenómeno acústico, de transmitir de un extremo a otro de la pieza, la palabra dicha en voz muy baja, con tal claridad, que se puede sostener una conversación. Sumamente afectos los carmelitas a este solaz, no dejaron en la Nueva España de construir convento que no tuviera el llamado "secreto".



PORQUE debemos proteger y conservar los árboles.

Diez razones sobre el particular.



VISTA LATERAL DE LA ENTRADA A LA CAPILLA



Capítulo III.

Las nuevas ermitas diseminadas en torno del convento.—Vida que hacían sus moradores.—Extrema severidad de las reglas para la comunidad.—Un curioso fenómeno de galvanoplastia conmueve a los habitantes de la trapa.—Nuestra Señora de la Soterraña.—Lobos hambrientos atacan a los frailes.—Los carmelitas abandonan el claustro en 1814, en razón de las frecuentes visitas mundanas y se dirigen a los montes de Tulancingo para fundar otro convento.—Famoso litigio del Cacique Dn. Pedro Patiño Iztolinque, dueño legítimo del monte del Desierto.—Cómo entró el Ayuntamiento en posesión de los montes de Santa Fé.—Otras noticias.



COMO si la soledad y aislamiento del sitio no fuese bastante al propósito de los que huían del mundano ruido, nueve ermitas esparcidas por diversas partes del monte ofrecían un relativo abrigo a los que apartados de toda atención terrenal acariciaban el más elevado ideal a que puede llegar el hombre creyente, a vivir para el espíritu en medio de la contemplación de la naturaleza; los nombres de las ermitas, según el santo de su advocación, eran así: la primera, ya descrita junto a la portería, San José; la segunda, Santa Teresa, San Juan, la Magdalena, San Alberto, Jesueristo en la Oración del Huerto de las Olivas, El Calvario, La Soledad y Santa Bibiana en memoria de que en el día que la iglesia—2 de diciembre—celebra a esta virgen, se encontró el sitio del desierto, por los comisionados para el efecto como se dijo antes.

PRIMERA.—Porque con su sombra, en los días calurosos del verano, nos ponen a cubierto de los ardientes rayos del sol.



ERMITA DE SAN MIGUEL

La vida eremítica estaba en consonancia con la aspereza del lugar, ante todo, cada quien ocupado en su propio negocio poco o nada se ocupaba de sus semejantes, la regla favorecía y aun mandaba observar ésto, el silencio estaba prescrito, toda comunicación prohibida, supliendo a la palabra una mímica por demás curiosa, ya se comprenderá una vida de mortificación continua, la alimentación era mala, legumbres cocidas con sal, ciertos días del año un poco de pescado, pan y agua las más veces, carne únicamente por enfermedad grave y si el enfermo lo quería, lo que no era con frecuencia.

Cada quince días congregaba el prelado a la comunidad para disertar acerca de un punto espiritual o teológico, pudiendo los frailes hacer uso de la palabra para este objeto únicamente.

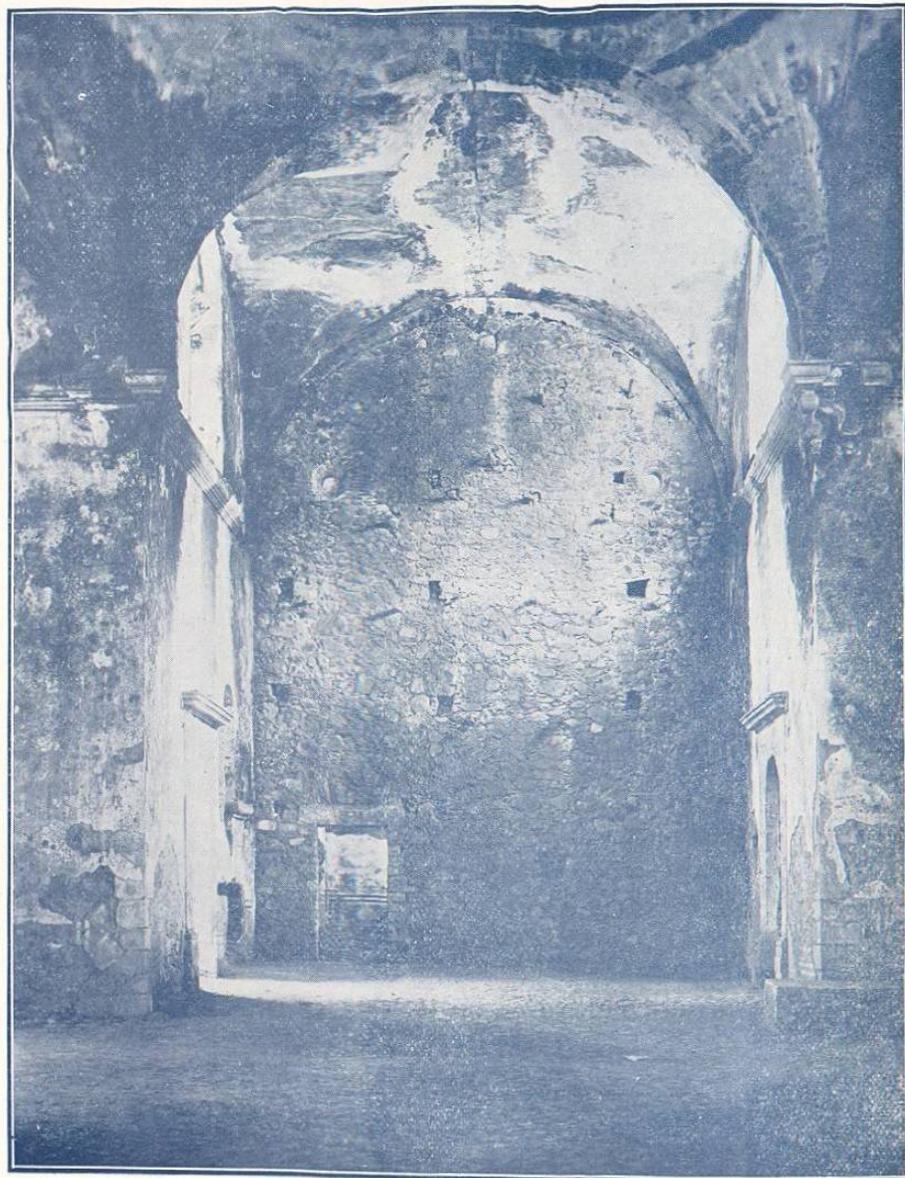
En el largo transecurso de los años no dejó de haber uno que otro hecho saliente en la vida tranquila del apartado yermo.

Existía sobre una ventana del coro de la iglesia, en una amplia hornacina, una gran escultura de San Miguel, hecha de piedra, pero cuidadosamente policromada, a los pies del arcángel debatíase horrible figura de Satanás, tanto más repugnante si se atiende a que la del príncipe de las milicias celestes era tipo acabado de hermosura y corrección, y sucedió que cierto día en que una de esas tempestades propias de aquellas latitudes azotaba el convento haciéndolo temblar al fragor de las descargas eléctricas, cayó un rayo en el coro matando a cuatro religiosos que allí se congregaron para hacer sus oraciones, a la detonación acudió la comunidad; presa de indescriptible pánico recogió a los cuatro fulminados, pero su asombro subió de punto, el San Miguel de la hornacina antes hermoso y gentil con su undosa cabellera dorada, aparecía ahora deslustrado y renegrado, en tanto Satanás estaba dorado totalmente, extraño y curiosísimo efecto de la chispa eléctrica; a partir de aquel infausto acontecimiento, se acordó colocar en todos los coros de los conventos carmelitanos, la imagen de Nuestra Señora de la Soterraña, especial abogada contra las tempestades.

En otra ocasión un extraño ruido producido en una puerta hizo que un hermano lego la abriera para ver qué era aquello; lleno de espanto, echó a correr, y el lobo, tal era el visitante, tras él; en vertiginosa fuga cruzaron por claustros y pasillos, en vano el lego empujaba las puertas de las celdas; al fin pudo penetrar a una, y llamando a gritos demandaba auxilio, un fraile resuelto, empuñando una azada, atacó a la bestia fiera y la obligó a huir por una ventana.

En 1814 la Provincia de San Alberto de Carmelitas Descalzos cedía al Gobierno de la ciudad de México el Santo Desierto.

SEGUNDA.—Porque son los reguladores de las lluvias y los conservadores de los manantiales, que nos proporcionan el agua indispensable para nuestra vida.



INTERIOR DE LA CAPILLA

Dijeron los eclesiásticos que la proximidad de la casa a la capital de la Nueva España, ofrecía el grave inconveniente de que muchas visitas fueran a verles con frecuencia distrayéndolos en su retiro, pero esta fue la verdad oficial, algo más grave había, un pobre y desvalido indio descendiente de aquel cacique de Coyoacán despojado de sus montes, había triunfado al fin, pero antes de declararse vencidos los del Carmen, embrollaban el asunto obligando al Ayuntamiento a sacar la cara.

Juzgando fiel la donación del Carmen al Ayuntamiento, el Congreso de 1828 dió a los pueblos de Santa Rosa, San Bernabé y San Bartolomé una tercera parte de ese terreno y sus aguas.

Esto motivó seria cuestión en el Congreso del Estado de México que alegaba haberse violado su soberanía. Los Carmelitas, entretanto, construyeron una nueva casa en Tenancingo y decían que para obtener el tránsito a su convento, cedieron el antiguo al gobierno y alegaron ser suyo por cesión perfecta que les había hecho el Marqués del Valle, en el siglo XVII.

Don Pedro Patiño Iztolinque, legítimo dueño, presentó ante el Congreso del Estado de México sus títulos y papeles, y éste, ante la incontrastable verdad de los hechos, remitió el asunto a la Cámara de Diputados, pero nada se hizo.

Así las cosas, muerto ya Don Pedro, los señores licenciados Don Ponciano Arriaga y Don Juan M. Caraveo, en nombre de la viuda doña Cecilia Carrizola y sus hijos Juan, Pedro, Tránsito y José Patiño Iztolinque, presentaron en 1857 al C. Presidente de la República un curioso memorial que más tarde se imprimió con el título de "Causa célebre del Desierto Nuevo de los Carmelitas". 1857. México, Imprenta de Vicente Segura.

Mas estaba ya decretado que no lo disfrutaran sus legítimos dueños y el Ayuntamiento quedó en posesión de lo que fuera patrimonio de los nietos del Señor de Coyoacán.

Resta sólo decir que en 1845 se destruyó la iglesia para establecer en ella una fábrica de vidrio, que, al decir de algunos, lo fue de moneda falsa.